

Martín Caparrós. *Lacrónica*. Madrid: Círculo de Tiza, 2015. 616 pp. ISBN 978-84-94434-1-3.

Reviewed by  
Luvia Estrella Morales-Rodríguez  
University of Oklahoma

*Lacrónica* está formada por un conjunto de crónicas (o fragmentos) previamente publicadas en revistas o libros. Sin embargo, lo innovador del libro radica en que Martín Caparrós escribe para cada una de las crónicas comentarios que sirven de aclaración, interpretación y complemento. Allí describe qué es el género de la crónica, cómo se escribe, el lugar marginal que ocupa ante otros géneros y da su propia receta de cómo él la escribe. De igual forma, algunos de esos comentarios pueden ser vistos como una especie de prefacio que mejoran el entendimiento de las crónicas que se van a leer. Otras veces, pueden ser vistos como una suerte de epílogo porque a pesar de haber sido colocados al inicio de una crónica, recapitulan o departen sobre temas abordados en crónicas anteriores.

Esos comentarios son también una crónica dispersa a través del libro cuyos propósitos son explicar la evolución del género a través de los años y explicar cuáles son los estilos literarios que aparecen en las crónicas caparrosianas. Por ejemplo, Caparrós da un recuento del género de la crónica pasando por la de indias, por la modernista de José Martí y Rubén Darío, por la de los años cincuenta de Gabriel García Márquez, Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska y por la de los Estados Unidos conocida como periodismo narrativo de Truman Capote, Norman Mailer, Tom Wolfe y Gay Talese. Caparrós expresa que todavía en la última década del siglo XX en la Argentina, el género de la crónica ocupaba el último peldaño del periodismo a pesar de ser heredero de las crónicas magistrales de Domingo Faustino Sarmiento, José Hernández, Miguel Cané, Roberto Payró, Roberto Arlt y de las variaciones del género escritas por Rodolfo Walsh y Tomás Eloy Martínez. En cuanto a su estilo literario, apunta que para escribir buenas crónicas es necesario imitar a los grandes escritores del periodismo narrativo. Él elige seguir a Tomás Eloy Martínez, Rodolfo Walsh, Truman Capote y Manuel Vicent. Señala que contrario a la ficción que se arma a través de la escritura, en la crónica primeramente hay que investigar, conocer lugares, enterarse de situaciones y después viene la intervención de la escritura. Menciona que para él es importante tener un comienzo fuerte en cada crónica porque la primera frase es la propaganda del texto. También aclara que su narrativa periodística está aderezada con toques vehementes, entornos joviales, personajes, datos, momentos mordaces y caídas dramáticas.

Referente al “yo” narrador de los textos de Caparrós, éste es descendiente del “yo” del nuevo periodismo norteamericano de los años sesentas. Varios de los periodistas de esa época se distinguían porque solían violar la objetividad del reportaje. Contaban sus relatos a través de su propio lente y realidad. Por ejemplo, Joan Didion, Norman Mailer, Hunter S. Thompson y John Gregory Dunne se alimentaban de la realidad a través de datos, trabajo de campo y de documentos, pero se expresaban de manera subjetiva. Todos ellos se permitían la nota autobiográfica y expresaban una postura personal. Narraban acontecimientos de la realidad, pero la voz subjetiva les permitía que fungieran como jueces, testigos, peritos, acusados, acusadores y en muchas ocasiones como protagonistas. Asimismo, la primera persona permitía que el narrador-autor explicara al lector cómo supo sobre los sucesos presentados. Debido a lo cual, la subjetividad fue usada como un medio para presentar la verdad de los sucesos porque atestiguaba la realidad que el autor vivió mientras investigaba y escribía su obra.

Respecto al narrador de las crónicas caparrosianas, éste juega un papel primordial a través de la voz en primera persona. El narrador en primera persona es común en el género de la crónica periodística actual, por ejemplo, ha sido utilizado por Juan Villoro en *8.8: El miedo en el espejo*, por Alberto Salcedo Ramos en *La eterna parranda* y por Leila Guerriero en *Los suicidas del fin del mundo*. Sin embargo, a diferencia del “yo” de Villoro, Salcedo Ramos y Guerriero, Caparrós no solamente lo utiliza en la práctica, sino que enfatiza explícitamente la importancia de la subjetividad en la teoría. Teóricamente escribe repetidamente que el “yo” es importante y después lo exalta en la práctica con una obviedad marcada. Por ejemplo, desde una perspectiva teórica, discute sobre la importancia de éste narrador subjetivo para evitar el engaño que según él trae la objetividad: “Lacrónica es el periodismo que sí dice yo. Que dice yo existo, yo estoy, yo no te engaño” (Caparrós 138). Por otro lado, un ejemplo de la práctica sería el siguiente: “Desde entonces, cada vez que me preguntan cuál fue la historia más horrible que conté en mi vida no pienso en guerras, crímenes, traiciones desiguales; lo primero que veo es la imagen de esos chicos cingaleses” (164). Por lo tanto, el énfasis al narrar en primera persona hace que Caparrós se vuelva un personaje importante en su narrativa, algo parecido a un protagonista o semiprotagonista porque es testigo de los hechos, da sus puntos de vista, narra acontecimientos a través de su mirada, expone sus sentimientos y exterioriza algunos itinerarios de su vida.

El narrador en primera persona aparece en todo el libro a excepción del fragmento titulado “Taco ralo” perteneciente a los tres tomos de *La voluntad* que Caparrós escribió junto a Eduardo Anguita. “Taco ralo” es un trabajo que requirió una investigación intensa por parte de sus autores, en él hay testimonios, etnografía e historia, pero no cumple con todos los requisitos requeridos para clasificarse dentro del género de la crónica ya que ni Caparrós ni Anguita estuvieron presentes en los hechos que describen. Por esa razón es comprensible que el narrador protagonista en primera persona se pierda por completo y que aparezca un narrador omnisciente que sabe todo sobre los personajes.

Visto desde otro ángulo, el narrador juega con el lector de distintas maneras. A veces cuenta mentiras, confunde y engaña a sabiendas de que el lector se dará cuenta. Por ejemplo, en “Kapuściński” se expresa negativamente del género de la entrevista y hace pensar que no la utilizará: “Entonces yo le dije (a Ryszard Kapuściński) que podría estar de acuerdo en que la entrevista suele ser una solución de facilidad, treta del periodista para no tener que contar y/o pensar y limitarse a transcribir una charla” (423-24). Pese a tal declaración, inmediatamente después de expresarse mal de la entrevista, la utiliza y transcribe una que él hace al periodista polaco Kapuściński. Otras veces el narrador confunde al lector, le hace creer que narrará sucesos sin agregar detalles o descripciones particulares al decir: “La descripción es el patito feo de la literatura actual: su animal más despreciado” o “De hecho, las narraciones malas se hacen cargo de esta incomodidad: es más difícil encontrar una descripción en un best seller que un cerdo en Tierra Santa” (397-98). Pero, después de expresarse de manera negativa de las descripciones, detalla de manera minuciosa varios sucesos. Asimismo, de vez en cuando, el narrador engaña sutilmente al lector, por ejemplo, menciona que cita a un supuesto novelista contemporáneo suyo porque ambos creen que en la actualidad hay una gran mediocridad literaria, pero en realidad la cita aludida pertenece a un artículo titulado “Vida de pluma” que apareció en *El País* y que escribió el mismo Caparrós. Entonces el juego lúdico que comienza desde el título *Lacrónica* que sirve para referirse a “la crónica”, se hace extensivo en todo el libro de distintas formas con ayuda del narrador.

Otra característica del libro es que Caparros elige situaciones, personajes y temas asombrosos de un país, ciudad o pueblo para contarlos. Verbigracia, de Bolivia expone la importancia del cultivo de la coca para la economía nacional. De Sri Lanka centra a los turistas sexuales que buscan el ardor de los niños prostitutos. De Lima detalla la cantidad de muertos, desaparecidos y desplazados gracias a las actividades ilícitas de Sendero Luminoso. De Hong Kong rotula la densa población, la polución auditiva y los numerosos edificios que dan la impresión de ser una ciudad vertical. De Buenos Aires particulariza a la organización Montoneros, a los desaparecidos, a secuestrados y a torturados por el Ejército durante la dictadura. De la Habana aborda la imagen del (Che) Ernesto Guevara en la población cubana y la santería ejercida en la isla. De Banares, India, detalla ritos, sacrificios y alabanzas de los peregrinos que van a la ciudad a obtener baños hinduistas. De Juchitán, Oaxaca, México campea a los homosexuales zapotecas “muxes” que disfrutan de la aceptación social indígena. Además, en casi todas las historias que conforman el libro aparece una breve evocación ya sea a la economía, a la política, al gobierno, a asuntos legales, a la cultura y/o los malos servicios públicos tales como: vialidad, electricidad y agua potable de los diferentes lugares donde las crónicas se desarrollan.

En suma, este libro es altamente recomendado para el lector novicio de la narrativa periodística porque los comentarios le ayudaran a saber sobre cómo se escribe éste género y sobre sus cambios a través de los años. También es recomendado para el lector adiestrado en el género porque disfrutará no solamente de las diferentes temáticas

entregadas a través de relatos, ensayos y memorias, sino también de la destreza literaria de Caparrós al utilizar: nudos dramáticos, humor, situaciones intensas, diálogos, descubrimientos asombrosos, revelaciones súbitas, análisis cerebrales, ambientes diversos y de un narrador impetuoso.